

TEJEDA

Alfonso de Armas pronunció el pregón de la Fiesta del Almendro en Flor

El domingo por la tarde comenzaron los actos del programa de la fiesta del "Almendro en Flor", de Tejeda, con el pregón anunciado por don Alfonso de Armas Ayala, en el acto celebrado en el salón principal del Ayuntamiento del municipio tejedense. El texto íntegro del pregón lo reproducimos a continuación:

"El pregonero se detuvo cerca de los soportales y comenzó a tocar el tambor", dice Pío Baroja en una de sus páginas novelescas. Y yo, hoy, rodeado de montañas, de cielo y de almendros; de paz y de luz cumberas, también redoble mi tambor pregonero.

Hasta tiempos muy recientes, en los campos y en los pueblos, se oía el redoble tamboril para escuchar la voz del edicto, para hacer cumplir la ordenanza o para avisar de los peligros meteorológicos: el pregonero era telediaro, hombre del tiempo y hasta bando de guerra. Si se hurgase en la prehistoria de la propaganda, fue él, el pregonero, quien practicó las artes más simples y más delicadas para hacerse oír. Y para ser escuchado. En la muy rica literatura de Cordel, que llena muchas páginas de nuestra historia, los textos de bandos, proclamas, edictos, ordenanzas, formarían una curiosa enciclopedia.

Paralela a esta función administrativa, el juego, la fiesta, la diversión exigió la presencia del altavoz humano; y desde las festividades paganas a las cristianas ha habido siempre un vocero de los divertimientos. Vocero desgañatador e incansable. En la barraca del circo, en la tómbola de la feria, en el cartel del espectáculo teatral o cinematográfico; en las bancas griegas, en las istmias corintias o en las más profundas festividades religiosas, siempre ha habido necesidad de un feliz propagandista. ¿Qué es, si no, el humilde fraile de Berceo, cantor de la Virgen, glosador de milagros, anunciador de festividades religiosas? ¿Cuántos santos, cuántas fiestas, cuántas recordaciones no hay en las vidas de sus santos, escritas en romance paladino, en lengua romance, para que todos pudieran entenderlas?

Pregonar, cantar la fiesta del almendro, es vestirse con pellico y zurrón, es oler a retama y a monte, es impregnarse de aire limpio y sol de montaña, para evocar lo que, siglos atrás, otros hombres, con más simplicidad, con tanta unción y con igual sentido religioso celebraban para exaltar a sus frutos, a su tierra o a sus dioses.

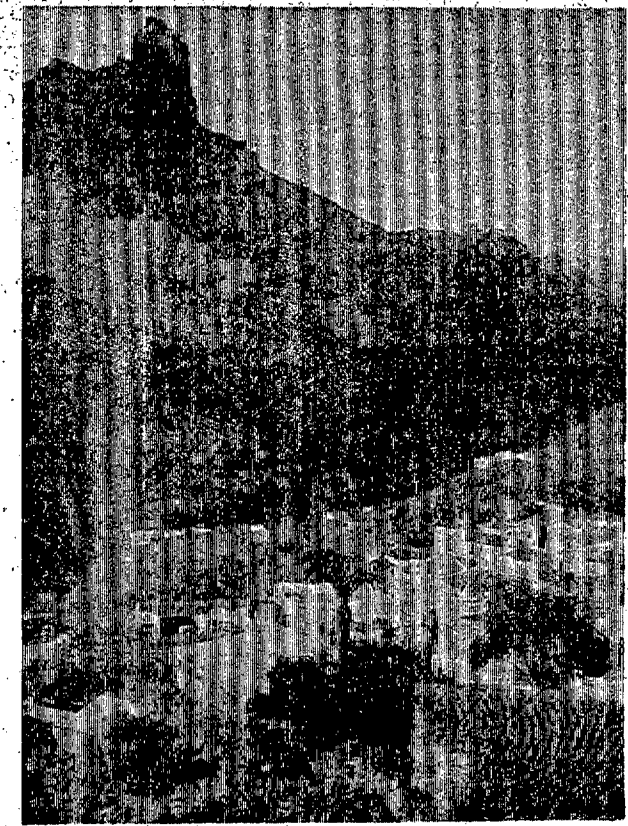
PROCESO HISTORICO DE LA FIESTA

Al llegar el mes de enero, los campesinos griegos celebraban fiestas en honor de Dionisio, el dios fecundador de las cosechas. Estas fiestas tenían un contenido lúdico y religioso, ya que se conjuntaba el culto a los dios con la alegría juvenil, siempre llena de resonancias musicales. En las fiestas leneras, que así se llamaban, había procesión, cantos, danzas y una incipiente representación que habría de ser el germen de las futuras fiestas dionisiacas, origen del primitivo teatro. En los montes y en los valles de Grecia, hace más de 25 siglos, quizás con un cielo tan azul como el nuestro, en ligueras, sauces, encinas y almendros de flor incipiente, se cantaba la alegría de la

nueva vida de cada año. Esto es, se hacían votos para la feliz anunciación de las cosechas.

Pasado el tiempo, la nueva Roma, siempre con sus ojos vueltos a Grecia, volvió a resucitar tales festividades; y el mítico Rómulo instituye la fundación de los hermanos Arvales, una cofradía agrícola y religiosa que va a llenar toda una época en las más antiguas festividades romanas. Augusto, necesitado de tradición y de organización, fortaleció esta cofradía y fue quien le dio un contenido de festividad trianual, precisamente en los primeros días de enero, el mes de Jano, dios bifronte y dios del Caos, del Origen y de la Vida.

Es curioso señalar — y debéis permitirme este cubileteo histórico — que la fiesta religiosa se tiñó de contenido político o sacro-político. Augusto, afanosos de divinización y de poder, regularizó las fiestas para exaltar, en el nacimiento de cada año, al Emperador; y es mucho más curioso advertir cómo los su-



cesivos emperadores, Galba, Otón y Vitelio, fueron corriendo las hojas del calendario a meses posteriores, hasta hacerlas confundir con las fiestas báquicas de primavera, en los meses de marzo y abril. Cada emperador, con su fiesta anual; cada rito, con su nombre; cada celebración, con un patrono distinto, y no lo dudo, con un pregonero de voz también muy diversa.

Mientras tanto, año tras año, los Arvales danzaban en los bosques, en las proximidades del río, según refiere Estrabón, para luego entregarse, con placer, al banquete y a la alegría. El templo se llamaba Tetrastilo, y en él se rendía culto al Emperador, patrono y tutor de las próximas cosechas. El mismo rito, la misma fiesta que se conservará hasta el siglo III de la Era Cristiana. El cristianismo, como

● Canto poético de exaltación al fruto amigdaláceo junto a la sombra del Nublo

tantas veces, haciendo suyo un rito pagano.

Si me fuese permitida una nueva divagación, vale la pena recordar que en el mes de enero, consagrado a Jano por los antiguos latinos, precisamente el dios bifronte y tutelador, el dios ordenador del caos, principio del cielo y origen de la vida y los frutos, según refiere Ovidio; en ese mismo mes, es en el que hoy celebramos y pregonamos el nacimiento de la flor del almendro, fruto bellísimo y madrugador que parece resumir en el blancor y en la pequeñez esa vibrante explosión de vida, de nueva vida, después del caos, desorden y muerte del año que ha finalizado.

Arvales, Jano, divinación de las futuras cosechas, santificación de la tierra. ¿Algo de todo este complejo, antiguo y vágono mundo puede sobreflotar en esta alegría que hoy sentimos al contemplar las primeras flores del almendro? En el tenebroso y poco conocido mundo del folklore, los caminos que la tradición ha tenido son sigilosos y ocultos; apenas tal o

nifundio, producido por el asentamiento del conquistador convertido en agricultor, ya en la costa, ya en las medianías, ya en la cumbre, trajo como consecuencia una conservación mayor de las esencias más puras de lo más primitivo, de lo más autóctono o de lo más lejano. De aquella lejanía presentida por la princesa del poema...

Los cantares, las coplas, los cuentos, las adivinanzas, los bailes, los toscos y rudimentarios instrumentos musicales: todo se aunaba para que, en áreas muy reducidas, en zonas casi incomunicadas, en valles o en barrancos perdidos, las voces fuesen siempre las mismas, el ritmo fuese igual, la vida continuase en la misma rueda de la tradición: con el mismo hilo, con idéntico trenzado, con similitud pura. Sólo, de tarde en tarde, las voces de los forasteros, la llegada del forastero, el único y difícil viaje de ida y vuelta del nativo, podrían alterar la paz y la mansedumbre del lugar.

"La unidad o semejanza de las leyendas populares", axioma del folklore universal, tiene luego el tamiz del cancionero popular, de la poesía popular, voz del pueblo, si, voz única y personal repetida, transformada, recreada por las voces, por las gargantas y por la imaginación de los siglos y de los hablantes. Porque en esa música única y variada, dicha en formas diferentes, entonada con ritmos distintos, cambiada y adaptada según los gustos y las costumbres, está el germen del espíritu del pueblo deseoso de plasmar en esa música, en aquel canto de cuna o de siega lo más genuino, lo más suyo e intransferible, el alma popular.

LA ASIMILACION DE LO EXTRAÑO

Las islas, caracolas llenas de mil resonancias, siempre fueron propicias a recibir cuanto les llegó desde fuera. La asimilación de lo extraño se hizo siempre con un poder de adaptación grande, y, de este modo, es posible que hoy no resulte fácil al investigador que es lo autóctono y qué es lo extraño. Porque la semejanza y la adaptación se han hecho de tal manera, que resulta difícil separar sus componentes.

Véase, por ejemplo, estas dos versiones de una misma adivinanza: Fui por un barranco abajo, encontré un niño sin brazos; le comí el corazón y le hice el cuerpo pedazos. Fui al campo;

no encontré un hombre sin brazos, le hice el cuerpo pedazos.

No hace falta aclarar que es precisamente la almendra la palabra adivinada, aunque la segunda versión, recogida en Andalucía, tenga por solución "el palmito". Es más importante señalar que "el campo" ha sido sustituido por el "barranco abajo", y no hace falta explicar a quienes me están oyendo las muchas razones que tendría la voz popular para hacer la sustitución. La geografía, como en tantas ocasiones, ha modificado el texto primitivo; sin duda para mejorarlo. O para llenarlo de mayor misterio y drama-

tismo. Obsérvese, además, el cambio de verbos y de tiempos verbales: comí, por sacarle. Parece estar más cerca de la adivinanza la forma insular, porque la almendra se come. Y, sobre todo, resaltar cómo, una vez más, la pequeñez, la infantilidad, tan común y corriente en nuestro cancionero — riquísimo en diminutivos —, también prevalecen en este caso: el niño ha sido preferido al hombre. La adivinanza insular ha ganado en intimidad y en precisión.

La adivinanza, no se olvide, es fruto más duradero y menos cambiante que la copla o la canción; es acertijo, juego, fórmula con la que el pueblo ha ido perviviendo en la tradición, desde los tiempos más remotos, para recrearse en la voz y en el recuerdo de sus antepasados. ¿Qué agricultor andaluz, gallego, levantino o extremeño, afinado en la isla pudo haber dicho, por vez primera, la adivinanza de la almendra? ¿Qué almendrero pudo haber habido, por vez primera, en estos valles, en estos barrancos, en estos picachos, para que haya dado origen a la adivinanza? Y, sobre todo, ¿qué hijo o nieto de andaluz, de extremeño o levantino reformó, cambió, dio color isleño, y ya la hizo suya, a la adivinanza? Si pudiésemos contestar a alguna de las preguntas, develaríamos ese secreto que hoy nos sigue envolviendo entre la fragancia de los almendros, y entre el misterio de su florecimiento madrugador.

Y si pasásemos de la poesía popular y tradicional a la literaria y culta, podemos escoger dos muestras que pueden completar cuanto llevamos dicho del valor que la almendra o el almendro ha tenido en los versos de nuestros poetas, los ignorados en el anonimato popular y los recordados en la historia literaria.

Juan del Río Ayala fue un poeta enraizado en su isla, a la que amó con pasión y a la que cantó en tonos diversos. En "La Flor de la Maljurada", el poeta supo recoger una tradición romancera para escribir un hermoso poema narrativo en el que los pasajes descriptivos no dejan de ser menos hermosos. En Ayacata, en Timagada, en Tenteniguada, en la Higuera, en Bentayga, pudo haber contemplado el poeta la escena; su estro poético puso lo demás.

Majaduras de las piedras estallando en las almendras con el ritmo del bordón; segurillas parranderas cantan las niñas riseras de sombrerillo y pompón.

Oír a las recogedoras, a las partidoras, escuchar el machaqueo de la piel de la almendra majada: todo ello ha sido conseguido por el poeta unificador de arcaísmo y tradición ("el ritmo del bordón"); que ha unido la alegría de la seguidilla con la labor de recogida. Y, en especial, el estallido de las almendras sonando, la majadura de las piedras: el sonido convertido en música popular gracias al poder creador del poeta.

Laderas de Timagada, cuevas de Bentaygas, riscos



de Tejeda: ¿dónde pudo haber visto el poeta la escena? Una vez más, el misterio de la poesía suple a la más inmediata realidad. Esa que parece estar delante de nosotros y que desea esconderse con el humo poético.

Ese humo de este otro poeta del que vamos a hablar, conseguido a fuerza de evocación y de nostalgia. Se llamó Nicolás Estévez, fue un insular que vivió fuera de sus islas, atadas a su corazón por el amor apasionado que sintió siempre por el terruño. Su estirpe romántica, su espíritu inquieto, su voz contestataria y altiva; su tono dramático y desgarrado han hecho de él un español más encadenado por el dolor y por la angustia española. Sin embargo, como veremos, ha bastado que Estévez haya recordado a su isla, y que lo haya hecho con la intimidad con que lo hizo, para que estos versos suyos se hayan convertido en símbolo de un ideal más que literario, político o regional:

Mi patria no es el mundo, mi patria no es Europa, mi patria es de un almendro la dulce, fresca, inolvidable Isombra

Si, el almendro estaba en la curva de Gracia, casi a la entrada de La Laguna, en el viejo camino a Santa Cruz; el almendro, convertido en mito de felicidad y de paz domésticas; el almendro, rodeado por esa "fresca, inolvidable sombra", tan cara al poeta; si, el almendro del poeta había prendido muy hondo en las raíces de su corazón. Pero, ¿quién no desearía, como el poeta, haber plantado "el árbol aromoso", "el almendro feliz de mis querellas", amigo de "pájaros, de brisas y de estrellas"; quién, como el poeta, no ha sentido esa llamada inaudible del arrullo de una sombra grata y blanca?

La estela de los arvales romanos, la fragancia aún viva de la adivinanza popular, la majadura de la recogida de la almendra, parecen tener un eco, eco aún inextinguible, en la voz nostálgica y romántica de un poeta insular que supo compendiar en la blancura y pequeñez del almendro la más cara de las ilusiones: la vuelta al terruño amado. Este que hoy hemos querido evocar nosotros a través de tantas y tan distintas voces.